

OTRA PALABRA ES POSIBLE

BARTOMEU MELIÀ

Asunción, Paraguay

¿Qué tienen hoy los guaraníes si no su palabra?

La filosofía occidental, con Grecia como cuna, sería también una filosofía de la palabra. Sin embargo, con el tiempo ha desconfiado de esa palabra y la ha usado como poder de dominación. Pero anhelamos de nuevo una palabra que no sólo sea nuestra, sino compartida y dialogada en libertad. La palabra, y sobre todo la palabra dada y recibida, vuelve a estar en el centro de nuestro afán. Si destruimos la palabra, ya nadie se puede reconocer ni en sí ni en el otro.

Para el guaraní la palabra lo es todo. Y todo para él es palabra. La psicología y la teología guaraníes son la peculiar experiencia religiosa de la palabra compartida.

Cuando escuchamos los cantos de los Mbyá-guaraníes, una de las etnias guaraníes, tal como los recogió el paraguayo León Cadogan en el libro *Ayvu Rapyta* («Palabra fundamental») nos percatamos de que estamos tocando el centro y origen de toda palabra humana:

*El verdadero padre Ñamandú, el primero,
de una parte de su propio ser de cielo,
de la sabiduría contenida en su ser de cielo
con su saber que se va abriendo como flor,
hizo que se engendraran llamas y tenue neblina
Habiéndose incorporado y erguido como ser humano,
de la sabiduría contenida en su ser de cielo,
con su saber que se abre cual flor
conoció para sí mismo la fundamental palabra que había de ser.
Conociendo ya para sí la palabra fundamental que había de ser,
de la sabiduría contenida en su propio ser de cielo,
en virtud de su saber que se abre en flor,
conoció para sí mismo el fundamento del amor al otro.
Habiendo ya hecho abrirse en flor el fundamento de la palabra
que había de ser
habiendo ya hecho abrirse en flor un único amor,
de la sabiduría contenida en su ser de cielo,
en virtud de su saber que se abre en flor,
hizo que se abriera en flor un canto alentado.
(...) Después de todo esto,
el verdadero padre Ñamandú,
a la que estará frente a su propio corazón,
a la futura verdadera madre de los Ñamandú,
hizo que se conociera como (divinamente) celeste.
(...) Por haber ellos asimilado ya la sabiduría celeste de su
propio Primer Padre,
por haber ellos asimilado ya el fundamento de la palabra,
por haber ellos asimilado ya el fundamento del amor,
por haber asimilado ya las series de palabras del canto esforzado,
por haber ellos asimilado ya la sabiduría que se abre en flor,
los llamamos: excelsos verdaderos padres/madres de las palabras.*

Este texto es uno de esos cantos que escucharás muchas veces en forma de plegaria, que los Mbyá-guaraníes entonan en sus reuniones rituales, pero también en su casa, al anochecer o al amanecer.

La vida del guaraní en todas sus instancias críticas (concepción, nacimiento, recepción de nombre, iniciación, paternidad y maternidad, enfermedad, vocación chamánica y muerte) y se define a sí misma en función de una palabra única y singular que hace lo que dice. El ser humano, al nacer, es una palabra que se pone de pie y se yergue hasta su estatura plenamente humana: «Cuando está por tomar asiento un ser que alegrará a los adornados con plumas, a las adornadas, envía, pues, a nuestra tierra, una palabra buena que ahí ponga el pie», dice Nuestro Padre Primero a los verdaderos Padres de las palabras de sus propios hijos.

Los Padres de las palabras-almas, desde sus respectivos cielos, se comunican, de ordinario, a través del sueño al padre. Y es la palabra soñada la que, comunicada a la mujer, toma asiento en ella y comienza la concepción del nuevo ser humano. Se reconoce, es cierto, la necesidad de las relaciones sexuales para la concepción, pero la criatura es enviada por Los de Arriba. «El padre la recibe en sueño, cuenta el sueño a la madre y ésta queda embarazada» (Egon Schaden). La palabra «toma asiento» en el seno de la madre -*oñemboapyka*-, tal como la palabra que desciende sobre el chamán, éste también sentado en un banquito ritual en forma de «tigre». Concepción de un ser humano y concepción del canto profético se identifican.

La historia de nuestra palabra

Lo más importante, sin embargo, está en la convicción de que el alma no se da enteramente hecha, sino que se hace con la vida del hombre y el modo de su hacerse es su decirse; la historia del alma guaraní es la historia de su palabra, la serie de palabras que forman el himno de su vida.

El guaraní no «se llama» de tal o cual manera, sino que «es» tal o cual. Los guaraníes encuentran ridículo que el sacerdote católico tenga que preguntar a los padres del niño cómo ha de llamarse su hijo. El nombre es parte integrante de la persona y se lo designa en lengua guaraní con la expresión *’ery mo’ã a*, «aquello que mantiene en pie el fluir del decir» (Cadogan).

La educación del guaraní es una educación de la

palabra y por la palabra, pero no es educado para aprender y mucho menos memorizar palabras ya dichas (y menos, textos), sino para escuchar las palabras que recibirá de lo alto, generalmente a través del sueño, y poderlas decir. El guaraní busca la perfección de su ser en la perfección de su decir. Nosotros somos la historia de nuestras palabras. Tú eres tu palabra, yo soy nuestras palabras. *Che ko ñandeva*. En potencia, cada guaraní es un profeta -y un poeta-, según el grado que alcance su experiencia religiosa.

Con mucha propiedad se ha dicho que «toda la vida mental del guaraní converge hacia el Más-Allá... Su ideal de cultura es la vivencia mística de la divinidad, que no depende de las cualidades éticas del individuo, sino de la disposición espiritual de oír la voz de la revelación. Esa actitud y ese ideal son los que determinan la personalidad» (Schaden).

Ponerse en estado de escuchar las palabras buenas hermosas, incluso con ayunos, continencia sexual, observación de modos austeros de vivir, de comer y de dormir, es una práctica todavía constante en los guaraníes contemporáneos, especialmente entre los Mbyá.

La palabra no es enseñada ni es aprendida humanamente. Y para muchos guaraníes resulta insensato y hasta provocador el pretender enseñar a los niños en la escuela... La palabra es un don que se recibe de lo alto, y no un conocimiento aprendido de otro mortal.

La reciprocidad

¿Serían los guaraníes una especie de monjes de la selva? Lo cierto es que no son nómadas ni se limitan a una incierta caza y una afanosa recolección, que la antropología clásica califica como propia de salvajes. Son agricultores, y solían vivir en aldeas de dos, tres o cuatro casas grandes. Su modo de vida tradicional por desgracia está desapareciendo. Desaparecidas las selvas y poluidas las aguas de su entorno, la «civilización» les trae no sólo pobreza sino miseria.

Les queda todavía la palabra y saber el origen de su palabra y el modo como ella se hace mediante el don de la comunicación. Asegurada la subsistencia familiar, todavía hay algo o mucho para dar. Este es el sentido de la fiesta, del *arete*, el «día verdadero». En verano, cuando es abundante la cosecha del maíz y no faltan otros productos, como batata, frijoles y calabazas, son frecuentes las fiestas.

A la manera de una metáfora de la economía de reciprocidad, la fiesta guaraní supera la dimensión economicista, pero también la meramente simbólica. La fiesta no es el resultado de excedentes económicos que en ella se distribuyen igualmente; no es la solución

que pueden haber encontrado como «primitivos» para un consumo comunitario de los recursos. La fiesta no sólo consume y distribuye excedentes; ella los produce. Cuando no hay fiestas de participación, la producción económica baja sensiblemente. La fiesta es el principio temporal y «filosófico» de la economía.

El don, la dádiva, *jopoi* (etimología: mutuamente-manos-abiertas) es la ley fundamental de la economía guaraní. Cuando llega el sistema de mercado, de compra y venta, a esas acciones que los indios entienden como crueldad egoísta, les aplicaron la misma palabra que venganza: *tepy*; el precio de las cosas es una venganza; una cosa cara de precio, es una gran venganza.

El guaraní es lo que dice; él mismo es una palabra. No se llama así o asá; él es su nombre.

Y te preguntas: ¿cuánto tiempo podrá durar este sistema? Las selvas han desaparecido y la fuente de recursos de los guaraníes es cada vez más el trabajo asalariado o algunas ayudas provenientes de instituciones públicas o privadas. La tierra es todavía de derecho comunitario, pero está en rápido proceso de deterioro. La ecología guaraní, en los pequeños refugios que les restan, es difícil de mantener. Hay motivo para pensar que estamos en el crepúsculo de una noche sin día.

Como nunca antes, escuela y diversas religiones de carácter fundamentalista se instalan en las aldeas guaraníes. Los suicidios en algunas aldeas, sobre todo en Brasil, han alcanzado cifras alarmantes. Con profunda tristeza y gran sagacidad algún guaraní ha dicho que ante estos hechos, «no hay camino para la palabra».

Ser guaraní tiene exigencias que no se pueden tergiversar. Los guaraníes son amables y abiertos, pero sospechan de la colonización de mentes y almas que esconde la civilización occidental.

¿Seremos todos guaraníes?

Los guaraníes no son problema; son solución. Con su palabra inspirada, con sus cantos y danzas, están convencidos de que pueden salvar al mundo, a cada uno de nosotros. Lo escucharás más de una vez si participas en sus prolongados rezos. Con qué consuelo le oía decir a una anciana, que dirigía el canto: «Tú, que estás con nosotros, cuando llegue el día de la gran desgracia, no entrarás en las tinieblas».

No todos pueden y quieren entrar en esa experiencia. Para los más nos es imposible. Pero sin duda es grato admirar ese crepúsculo de atardecer que ya anuncia el crepúsculo de la mañana. No extraña que los guaraníes tengan tantos admiradores. Los sientes como contemporánea memoria de futuro, más modernos y con más sentido que los modos de vida que nos toca vivir.